

*El Papa Francisco en Colombia:
una palabra que se sacudió de libretos contra-direccionados*

Colombia vivió en este comienzo de septiembre de 2017 unas jornadas de extraordinaria concentración emocional, reflexiva y espiritual, por la visita del Papa Francisco a 4 ciudades colombianas, seguida en físico o en medios por un alto porcentaje de la población. En ella los temas de violencia, justicia, paz y reconciliación estuvieron en primer plano. Muchos se preguntan por los efectos de esa eclosión energética en las grandes masas. La mayoría de los analistas, sin embargo, hacen abstracción de los lenguajes, los símbolos y los contextos, en el momento de evaluar el legado.

Imposible prescindir del contexto amplio que enmarcó la visita: el mismo Francisco encuadró su decisión de venir a Colombia en un deseo de aportar algo a los procesos de conversaciones y acuerdos de paz, que han marcado el último quinquenio de la vida política y social del país. El gobierno, por su parte, la pensó como un espaldarazo y legitimación de sus logros.

Como se trataba de una interacción profunda entre contornos geográficos, situaciones sociales, memorias dolorosas, símbolos religiosos y tradiciones culturales, el impacto podía ser profundo y por ello, tanto el Gobierno como la Iglesia, seleccionaron cuidadosamente espacios, ambientes, interlocutores y símbolos, desde intereses implícitos o explícitos.

Comisiones de alto nivel de Gobierno e Iglesia diseñaron con minucia los eventos. Las ciudades visitadas y las comunidades de acceso debían ofrecer ciertas garantías: jercas conservadores impulsores del “no” plebiscitario; escenarios sociales no escandalosos por su miseria y abandono; interlocutores “seguros”; símbolos direccionados.

Se excluyó la región del Pacífico y todo el Sur Occidente, pues allí residen jercas críticos y abundan situaciones explosivas de injusticia, como en Buenaventura, Chocó, los asentamientos del Atrato, Tumaco, parte de la Amazonía y zonas devastadas por megaproyectos mineros. Las obras apostólicas visitadas debían tener la marca inconfundible del asistencialismo: hogares para menores en prevención de abusos y de drogadicción o para ex habitantes de calle.

Las víctimas debían ser prevalentemente víctimas de las guerrillas, si acaso alguna de paramilitares “independientes”, pero de ninguna manera víctimas de agentes directos del Estado, de la fuerza pública, mutilados del ESMAD, torturados en cuarteles militares, desaparecidos luego de su detención, falsos positivos, familias de líderes o militantes de movimientos sociales masacrados, sindicalistas y activistas sociales amenazados,

presos políticos o prisioneros de guerra. Era importante ocultar y silenciar a este 85% de las víctimas.

También los símbolos exigían control: el Cristo de Bojayá podía excitar sentimientos de conmoción/indignación religiosa, cuidando de silenciar las responsabilidades concomitantes de militares-paramilitares en su mutilación y exhibiéndolo sólo como sacramento de la "barbarie guerrillera". Había que impedir la exhibición de imágenes del Sagrado Corazón o de la Virgen María baleadas por soldados en zonas de periferia o las biblias atravesadas por proyectiles militares. Los discursos de acogida podrían abundar en la "violencia generalizada", sin mencionar responsables reconocidos, cuidando de culpabilizar solamente a las insurgencias o, en su defecto, a toda la población indiscriminadamente.

Los candidatos a la beatificación debían ser escrupulosamente escogidos. Dentro de la larga lista de mártires que inunda este país, no se podría seleccionar a quienes lucharon contra el sistema imperante de injusticia siendo masacrados por agentes oficiales, muchos de cuyos victimarios aún viven, pues, aunque son la inmensa mayoría, se daría un peligroso ejemplo testimonial. Era necesario escoger a víctimas de grupos insurgentes para que los mensajes subliminales contribuyeran a demonizar los movimientos de oposición al poder. Sin entrar a juzgar las conciencias de los nuevos beatos, algo a lo que no tenemos derecho, la información vulgar masiva, propalada por los grandes medios, asimiló como "*virtudes*" de Monseñor Jesús Emilio Jaramillo: su cercanía al ejército y a las multinacionales petroleras y sus condenas a las guerrillas, acusaciones que todo muestra que fueron falsas, pero que figuraron en la sentencia de muerte que expidió por escrito el Frente local del ELN que le dio muerte y que los medios masivos amplificaron profusamente, sin registrar siquiera la condena del crimen que el Comité Central del ELN se apresuró a expresar pocos días después. Lo importante era la manipulación política del hecho, como también lo fue el discutido "martirio" del Padre Pedro María Ramírez Ramos, párroco de Armero: aun haciendo caso omiso de las versiones que aseguran que él desde el púlpito incitaba a matar liberales y especialmente al caudillo de oposición, Jorge Eliécer Gaitán, su muerte respondió a un odio profundo que en los sectores Gaitanistas de base sembró la iglesia jerárquica de entonces, aliada incondicional del Partido Conservador, principal autor del genocidio que en aquel contexto avanzaba impertérrito. Tal contexto empaña y adultera profundamente la autenticidad de un martirio cristiano.

No fue fácil, sin embargo, amordazar la palabra del Papa Francisco, ahogándola en ese laberinto de escenarios geográficos, conglomerados sociales, discursos, símbolos, testimonios, encuentros y proyectos direccionados.

En Bogotá su palabra zarandeó al Establecimiento político oligárquico en la Plaza de Armas de Palacio: *“No es la ley del más fuerte sino la fuerza de la ley, la que es aprobada por todos, la que rige la convivencia pacífica. Se necesitan leyes justas que puedan garantizar esa armonía (...) (esas) nacen del deseo de resolver las causas estructurales de la pobreza que generan exclusión y violencia (...) Les pido que escuchen a los pobres, a los que sufren. Mírenlos a los ojos y déjense interrogar en todo momento por sus rostros surcados de dolor y sus manos suplicantes”*.

También zarandeó a los obispos colombianos en el Palacio Arzobispal de Bogotá: *“ No tengan miedo de perderse si salen de sí mismos (...) No enmudezcan la voz de Aquel que los ha llamado ni se ilusionen en que sea la suma de sus pobres virtudes o los halagos de los poderosos de turno quienes aseguran el resultado de la misión (...) No se midan con el metro de aquellos que quisieran que fueran solo una casta de funcionarios plegados a la dictadura del presente (...) Construyan una Iglesia que ofrezca a este país un testimonio elocuente de cuánto se puede progresar cuando se está dispuesto a no quedarse en las manos de unos pocos (...) No tengan miedo de tocar la carne herida de la propia historia y de la historia de su gente (...) No sirven alianzas con una parte u otra sino la libertad de hablar a los corazones de todos (...) algunos continúan propagando la cómoda neutralidad de aquellos que nada eligen para quedarse con la soledad de sí mismos (...) No pocos proclaman el nuevo dogma del egoísmo y de la muerte de toda solidaridad, palabra que hay que sacarla del diccionario (...) No participen en ninguna negociación que malvenda sus esperanzas”*.

En Medellín, centro de una región símbolo de tradicionalismo religioso conservador, zarandeó a los aferrados a un viejo catolicismo formalista y descomprometido: *“Jesús enseña que la relación con Dios no puede ser un apego frío a normas y leyes ni tampoco un cumplimiento de ciertos actos externos que no llevan a un cambio real de vida. Tampoco nuestro discipulado puede ser motivado simplemente por una costumbre, porque contamos con un certificado de bautismo, sino que debe partir de una viva experiencia de Dios y de su amor (...) La renovación no debe dar miedo (...) Involucrarse, aunque para algunos eso parezca ensuciarse, mancharse ... hoy a nosotros se nos pide crecer en arrojo, en un coraje evangélico que brota de saber que son muchos los que tienen hambre, hambre de Dios, hambre de dignidad, porque han sido despojados (...) La Iglesia no es una aduana; quiere las puertas abiertas porque el corazón de su Dios está, no solo abierto sino traspasado por el amor que se hizo dolor. No podemos ser cristianos que alcen continuamente el estandarte de “prohibido el paso”, ni considerar que esta parcela es mía”*. El Papa Francisco también volvió a avalar allí el núcleo generador de la **Teología de la Liberación**: *“Discípulos que sepan ver, juzgar y actuar, como lo proponía aquel documento latinoamericano que nació en estas tierras (Medellín 1968). Discípulos misioneros que saben ver sin miopías heredadas; que examinan la realidad desde los ojos y el corazón de Jesús y desde ahí la juzgan. Y que arriesgan, que actúan, que se comprometen”*.

Allí mismo en Medellín su palabra zarandeo a los más de veinte mil clérigos, religiosos y religiosas presentes, cuestionando motivaciones no arraigadas en el desarraigo de Jesús: *“Permanecemos en Jesús tocando la humanidad de Cristo. Con la mirada y los sentimientos de Jesús que contempla la realidad no como juez sino como buen samaritano; que reconoce los valores del pueblo con el que camina, así como sus heridas y sus pecados; que descubre el sufrimiento callado y se conmueve ante las necesidades de las personas, sobre todo cuando estas se ven avasalladas por la injusticia, la pobreza indigna, la indiferencia, o por la perversa acción de la corrupción y la violencia (...) Las vocaciones de especial consagración mueren cuando se quieren nutrir de honores, cuando están impulsadas por la búsqueda de una tranquilidad personal y de promoción social, cuando la motivación es subir de categoría, apegarse a intereses materiales, que llega incluso a la torpeza del afán de lucro (...) Como lo he dicho en otras ocasiones, el diablo entra por el bolsillo (...) No se puede servir a Dios y al dinero (...) Jesús le da categoría de “señor” al dinero; eso quiere decir que si te agarra, no te suelta, será tu señor desde tu corazón. Cuidado! No podemos aprovecharnos de nuestra condición religiosa y de la bondad de nuestro pueblo para ser servidos y obtener beneficios materiales”.*

En Villavicencio, al encontrarse con las víctimas discriminadas que el establecimiento político y eclesiástico le presentó para que les hablara de la reconciliación, les recordó, sin embargo, en la homilía de la Misa: *“El recurso a la reconciliación no puede servir para acomodarse a situaciones de injusticia”.* Momentos antes, la reflexión sobre la genealogía de Jesús en el Evangelio de Mateo (1,1-17), lo llevó a afirmar: *“no es una simple lista de nombres sino historia viva, historia de un pueblo con el que Dios ha caminado y, al hacerse uno de nosotros, nos ha querido anunciar que por su sangre corre la historia de justos y pecadores, que nuestra salvación no es una salvación aséptica, de laboratorio, sino concreta, de vida que camina. Esta larga lista nos dice que somos parte pequeña de una extensa historia y nos ayuda a no pretender protagonismos excesivos, nos ayuda a escapar de la tentación de espiritualismos evasivos, a no abstraernos de las coordenadas históricas concretas que nos toca vivir. También integra en nuestra historia de salvación aquellas páginas más oscuras o tristes, los momentos de desolación y abandono comparables con el destierro”.*

En la Nunciatura Apostólica, en Bogotá, su palabra zarandeo también a 62 obispos latinoamericanos del Comité Directivo del CELAM: *“No se puede reducir el Evangelio a un programa al servicio de un gnosticismo de moda, a un proyecto de ascenso social o a una concepción de Iglesia como una burocracia que se auto beneficia, como tampoco esta se puede reducir a una organización dirigida, con modernos criterios empresariales, por una casta clerical (...) El Evangelio es siempre concreto, jamás un ejercicio de estériles especulaciones. Conocemos bien la recurrente tentación de perderse en el bizantinismo de los doctores de la ley, de preguntarse hasta qué punto se puede llegar sin perder el control del propio territorio demarcado o del presunto poder que los límites prometen (...) Se trata de que se metan día a día en el trabajo de campo, allí donde vive el Pueblo de Dios que les ha sido confiado. No nos es lícito dejarnos paralizar por el aire acondicionado de las oficinas, por las estadísticas y las estrategias abstractas. Es*

necesario dirigirse al hombre en su situación concreta; de él no podemos apartar la mirada. La misión se realiza en un cuerpo a cuerpo (...) La Iglesia no está en América Latina como si tuviera las maletas en la mano, lista para partir después de haberla saqueado, como han hecho tantos a lo largo del tiempo. Quienes obran así miran con sentido de superioridad y desprecio su rostro mestizo; pretender colonizar su alma con las mismas fallidas y recicladas fórmulas sobre la visión del hombre y de la vida, repiten iguales recetas matando al paciente mientras enriquecen a los médicos que los mandan; ignoran las razones profundas que habitan en el corazón de su pueblo y que lo hacen fuerte exactamente en sus sueños, en sus mitos, a pesar de los numerosos desencantos y fracasos; manipulan políticamente y traicionan sus esperanzas, dejando detrás de sí tierra quemada y el terreno pronto para el eterno retorno de lo mismo, aun cuando se vuelva a presentar con vestido nuevo. Hombres y utopías fuertes han prometido soluciones mágicas, respuestas instantáneas, efectos inmediatos. La Iglesia, sin pretensiones humanas, respetuosa del rostro multiforme del continente, que considera no una desventaja sino una perenne riqueza, debe continuar prestando el humilde servicio al verdadero bien del hombre latinoamericano."

En Cartagena, sede simbólica de los derechos humanos en memoria de Pedro Claver, trató de articular la búsqueda de la paz con la participación popular y la lucha por los derechos. Coincidió con la propuesta del ELN de meter a la sociedad de los invisibilizados en las negociaciones de paz: *"Colombia hace décadas que a tientas busca la paz y, como enseña Jesús, no ha sido suficiente que dos partes se acercaran, dialogaran; ha sido necesario que se incorporaran muchos más actores a este diálogo reparador de los pecados. "Si no te escucha tu hermano, busca una o dos personas más" (Mt. 18,15, Evangelio del día). Hemos aprendido que estos caminos de pacificación, de primacía de la razón sobre la venganza, de delicada armonía entre política y derecho, no pueden obviar los procesos de la gente. No se alcanza con el diseño de marcos normativos y arreglos institucionales entre grupos políticos o económicos de buena voluntad. Jesús encuentra la solución al daño realizado en el encuentro personal entre las partes. Además, siempre es rico incorporar en nuestro proceso de paz la experiencia de sectores que, en muchas ocasiones han sido invisibilizados, para que sean precisamente las comunidades quienes coloreen los procesos de memoria colectiva. El autor principal, es el sujeto histórico de este proceso, es la gente y su cultura, no es una clase, una fracción, un grupo, una élite, es toda la gente y su cultura. No necesitamos un proyecto de unos pocos para unos pocos, o una minoría ilustrada o testimonial que se apropie de un sentimiento colectivo. Se trata de un acuerdo para vivir juntos, de un pacto social y cultural (...) Las heridas hondas de la historia precisan necesariamente de instancias donde se haga justicia, se dé posibilidad a las víctimas de conocer la verdad, el daño sea convenientemente reparado y haya acciones claras para evitar que se repitan esos crímenes: Pero eso solo nos deja a las puertas de las exigencias cristianas. A nosotros cristianos se nos exige generar "desde abajo" un cambio cultural: a la cultura de la muerte, de la violencia, responder con la cultura de la vida, del encuentro (...) Cuántas veces se viven como normales procesos de violencia, exclusión social, sin que nuestra voz se alce ni nuestras manos acusen proféticamente. Al lado de San Pedro Claver había millares de cristianos, consa-*

grados muchos de ellos; sólo un puñado inició una corriente contracultural de encuentro (...) Debemos estar preparados y sólidamente asentados en principios de justicia que en nada disminuyen la caridad. No es posible convivir en paz sin hacer nada con aquello que corrompe la vida y atenta contra ella. A este respecto, recordamos a todos aquellos que, con valentía y de forma incansable, han trabajado y hasta han perdido la vida en la defensa y protección de los derechos de la persona humana y su dignidad. Como ellos, la historia nos pide asumir un compromiso definitivo en defensa de los derechos humanos (...) Si Colombia quiere una paz estable y duradera, tiene que dar urgentemente un paso en esta dirección, que es aquella del bien común, de la equidad, de la justicia, del respeto de la naturaleza y de sus exigencias. Sólo si ayudamos a desatar los nudos de la violencia, desenredaremos la compleja madeja de los desencuentros: se nos pide dar el paso del encuentro con los hermanos, atrevernos a una corrección que no quiere expulsar sino integrar; se nos pide ser caritativamente firmes en aquello que no es negociable; en definitiva, la exigencia de construir la paz "hablando no con la lengua sino con manos y obras" (San Pedro Claver)".

Y también a los jóvenes los zarandé con su optimismo en la Plaza de Bolívar de Bogotá: *"Ustedes, los jóvenes, tienen una sensibilidad especial para reconocer el sufrimiento de otros; los voluntariados del mundo entero se nutren de miles de ustedes que son capaces de resignar tiempos propios, comodidades, proyectos centrados en ustedes mismos, para dejarse conmover por las necesidades de los más frágiles y dedicarse a ellos. Pero también puede suceder que hayan nacido en ambientes donde la muerte, el dolor, la división han calado tan hondo que los hayan dejado medio mareados, como anestesiados: Dejen que el sufrimiento de sus hermanos colombianos los abofeteé y los movilice. Ayúdennos a nosotros, los mayores, a no acostumbrarnos al dolor y al abandono".*

Toda la visita de Francisco estuvo enmarcada en oleadas de empatía multitudinaria. Su actitud de cercanía a la gente y especialmente a niños y a enfermos que gozaron de sus caricias, le ganó aplausos y gritos de simpatía. Su sencillez y su lenguaje exento de arrogancia o autoritarismo, que incluso evadía reprimendas directas u ofensivas, se caracterizó más bien por invitaciones serenas a la reflexión, sustentadas en la lectura meditativa de los textos evangélicos que traía la liturgia de cada día, los cuales no fueron sustituidos. Y no los abordaba a la luz de expertos exegetas o teólogos sino desde un esfuerzo sentipensante por reconstruir sentimientos y significados que debieron existir en la conciencia del Jesús humano y de quienes lo rodeaban en cada episodio. De sus reflexiones así sustentadas, se desprenden miradas innovadoras que contrastan con lecturas estereotipadas que han alimentado un catolicismo ajustado o neutralizado por las situaciones horribles que hemos vivido. Vale la pena destacar algunas de esas miradas:

Su visión de la esencia del cristianismo, que él llama *el discipulado* o seguimiento de Jesús, la desarrolló magistralmente en la homilía de Medellín, explicando el episodio de las espigas arrancadas y consumidas por sus discípulos hambrientos (Lc. 6, 1-5), y poniendo este episodio en continuidad con el leído en la Eucaristía de Bogotá que aludía al llamamiento a los primeros discípulos en el mar de Galilea (Lc. 5, 1-11). Francisco reconstruye el itinerario psíquico espiritual de aquellos pescadores que aceptaron la invitación de seguir a Jesús y que de seguro tenían en su conciencia un estereotipo de lo que significaba agradar a Dios, sobre el modelo fariseo de legalismos, ritualismos y formalismos, pero que al caminar al pie de Jesús todo eso se les fue derrumbando y tuvieron que aprender a tocar leprosos y enfermos y a perder los escrúpulos de violar las normas del sábado y de la propiedad privada de los trigales. Por eso Francisco traza el perfil del auténtico discípulo en tres rasgos: *ir a lo esencial; renovarse e involucrarse*, traduciendo este último como *“ensuciarse”* o *“mancharse”*, prefiriendo la solidaridad a doctrinas y normas. Por eso también señala como exigencia al discípulo: *crecer en arrojo, en coraje evangélico y derrumbar fronteras*, seguros de que *la Iglesia no es una aduana* donde se prohíbe el paso a lo no configurado estrictamente por doctrinas, normas y comportamientos impolutos. Aquí Francisco coincide profundamente con el arrojo renovador del Padre Camilo Torres, quien se estrelló con el cristianismo formalista y ritualista de los universitarios de su tiempo y consideró mejores cristianos a los ateos que lo acompañaban con solidaridad limpia a los suburbios miserables de Bogotá. Francisco y Camilo coinciden en afirmar que para ser cristiano no basta ser bautizado y en poner el requisito esencial del discípulo en la capacidad de conmoverse y actuar ante el sufrimiento ajeno.

En otros momentos, Francisco trazó rasgos esenciales del perfil de la Iglesia: su primer germen que la define, como si fuera su ADN, se encuentra en Dios y es *su exilio de sí mismo por amor*, que Francisco llama *“el primer paso”*, dado por Dios, no por nosotros, de donde viene su neologismo recurrente de que *“Dios nos primerea”*: actúa antes que nosotros; se nos adelanta a amar. Un conjunto de textos bíblicos de profundo simbolismo le sirvieron para ubicar este germen que finalmente se personifica en Jesús, definido como *“autoexilio de Dios”*. De allí que les diga a los obispos que el primer paso de su identidad es el de *no tener miedo de salir de sí mismos por amor*, y que es tan esencial cuidar ese punto de partida porque *“sin ese núcleo languidecen los rasgos del Maestro en el rostro de los discípulos”*. Pero el salir de sí mismos los obliga a mirar con amor el polo de su entrega, y en este caso, el rostro de la iglesia colombiana y latinoamericana, dejándose enriquecer por lo que ese “otro” les puede ofrecer: tomar en serio las diversas y legítimas fuerzas de este pueblo, *reservando especial sensibilidad hacia sus raíces afrocolombianas que generosamente han contribuido a plasmar el rostro de la tierra*; tener en cuenta las sensibilidades pastorales, las peculiaridades regionales, las memorias históricas, pues *“Pentecostés consiente que todos escuchen en la propia lengua”*. Esta inculturación lle-

va a tocar con humildad la carne herida de la propia historia y de la historia de su gente, lo que equivale a tocar la carne del cuerpo de Cristo, o también a *“migrar de sus aparentes certezas en búsqueda de la verdadera gloria de Dios que es el hombre viviente”*. De allí que el oficio pastoral no debe caer en la tentación de quienes buscan en los obispos una *“casta de funcionarios, o de técnicos y políticos, plegados a la dictadura del presente”*; su mirada debe estar fija siempre, no en un concepto abstracto de hombre sino *en el hombre concreto de carne, huesos, historia, fe, esperanza, sentimientos, desilusiones, frustraciones, dolores y heridas*. La interpelación más esencial de los obispos al país debe ser *“la verdad de Dios”*, concentrada en la pregunta: *“¿dónde está tu hermano?”*.

La alocución a los obispos del CELAM incorpora una crítica de fondo a lo que muchas veces ha sido la evangelización de América Latina o sus modelos pastorales de construcción de iglesia: *“gnosticismo de moda; proyecto de ascenso social; burocracia de autobeneficio; organización empresarial dirigida por casta clerical; dependencia de aires acondicionados, de estadísticas y estrategias abstractas”*. En el fondo, Francisco critica una evangelización que nunca ha creído en los valores del pueblo **mestizo** latinoamericano: *“mezcla indistinta pero elocuente de su rostro mestizo, no únicamente indígena, ni hispánico, ni lusitano, ni afroamericano, sino MESTIZO, ¡latinoamericano!”*. En un párrafo fuerte insinúa que muchos misioneros han venido a saquear a América Latina, pues miran con desprecio su rostro mestizo y han buscado colonizar su alma con fórmulas fallidas y recicladas de su visión del hombre y de la vida (¿teologías abstractas ... desencarnadas?) que se asimilan a medicinas que matan al paciente pero enriquecen a los médicos; fórmulas que han prometido soluciones mágicas, respuestas instantáneas, efectos inmediatos, que después de manipular políticamente al pueblo y de traicionar sus esperanzas, dejan la tierra quemada y el terreno listo para el eterno retorno de lo mismo, aun cuando regrese con vestido nuevo. Todos ellos han ignorado las *“razones profundas ... la unidad sapiencial ... la reserva moral”* que habita en el corazón del pueblo, *sobre la que se apoya el edificio existencial del continente y que lo hacen fuerte precisamente en sus sueños, en sus mitos, a pesar de los numerosos desencantos y fracasos*. Francisco alude aquí, sin duda, a la cultura popular y a la religiosidad popular, objeto de sus prologadas controversias en el sur, contrapuesta a las teologías ilustradas y académicas. Por eso destaca como valores de esa cultura y religiosidad popular (*“fuego encendido bajo aparente ceniza”*): el sentido de Dios y de su trascendencia, la sacralidad de la vida, el respeto por la creación, los lazos de solidaridad, la alegría de vivir, la capacidad de ser feliz sin condiciones. Y anota que, *“para hablar a esta alma que es profunda”*, a la iglesia no le queda otro camino que aprender el lenguaje de Jesús: hablar en parábolas: imágenes que involucran y hacen participar al oyente; que transforman al oyente en personaje del relato. Afirma que el Santo Pueblo de Dios en América Latina no entiende otro lenguaje sobre él; por eso *“hay que salir en misión, no con conceptos fríos que se contentan con lo posible, sino con imágenes que multiplican sus fuerzas en el corazón, transformándolo en grano sembrado en tierra”*.

buena, o en levadura que incrementa su capacidad de hacer pan de la masa, o en semilla que esconde la potencia del árbol fecundo". Francisco define la iglesia latinoamericana de sus sueños como "**sacramento de esperanza**", pues nuestro pueblo ha aprendido que ninguna desilusión es suficiente para doblegarlo: *sabe desensillar hasta que aclare ... en el fondo tiene conciencia de que no pertenece totalmente a este mundo.* A esa esperanza le da rostros peculiares: tiene rostro joven, rostro femenino, rostro laico, rostro de pobre, y todo tiene un ingrediente esencial: **pasión**: *"pasión de joven enamorado y de anciano sabio, pasión que transforma las ideas en utopías viables, pasión en el trabajo de nuestras manos, pasión que nos convierte en continuos peregrinos"*.

En otros momentos, Francisco invitó a asumir la realidad con todas sus crisis, sombras y heridas y a saber descubrir en esa concreción los llamados y la acción de Dios. En la homilía de Villavicencio, día litúrgicamente dedicado a la natividad de María, por lo cual se leyó el evangelio de la genealogía de Jesús, Francisco subrayó que esa historia santa que desemboca en Jesús no es pura, no está exenta de pecados, de historias oscuras o tristes, incluso las mujeres allí mencionadas evidencian que hubo sangre pagana e historias de postergación y sometimiento en los ancestros de Jesús. En el encuentro con sacerdotes y religiosos(as) en Medellín, Francisco se pregunta cómo es la tierra donde crece, en Colombia, la vid, que es el símbolo del Pueblo de Dios. Se cree que las vocaciones de personas consagradas nacen en familias ideales pero él mismo responde que en la mayoría de los casos no es así, vienen de ambientes llenos de contradicciones, de claroscuros, de situaciones vinculares complejas. Pero él no acepta que las crisis que vivimos expliquen la carencia de vocaciones, a esa explicación le da el nombre de "un cuento chino"; en medio de las crisis más fuertes, "*Dios sigue llamando*"; tener los pies en la tierra es reconocer que nuestros procesos vocacionales, el despertar del llamado de Dios, nos encuentra más cerca de un sendero de sufrimiento y de sangre. Y concluye: "*No le tengamos miedo a esa tierra compleja*".

Pero el viaje de Francisco a Colombia tenía un objetivo central: apoyar la búsqueda de la paz, la reconciliación y el perdón. En sus alocuciones se notaba que estaba bien informado de los esfuerzos, errores y limitaciones de esas búsquedas de paz. El Establecimiento político-eclesial le presentó, en primer plano, a las víctimas de la violencia guerrillera y ejemplos conmovedores de perdón, así como de deserción de estructuras armadas, guerrilleras o paramilitares, para reincorporarse al *statu quo*. En los mensajes que buscaban condicionar su palabra, predominó la idea de que superar la guerra y la violencia se centra en perdonar a los victimarios, olvidando sus crímenes y sus daños y demonizando y erradicando las soluciones armadas de los despojados de todo derecho, como camino equivocado. Sin embargo, desde las víctimas escogidas y desde el Establecimiento, no se habló de otras alternativas para superar la guerra y el tema de la justicia brilló por su ausencia. Tampoco se abordó el problema de la relación entre las *líneas rojas* que limitaron y condicionaron los acuerdos de paz y su relación profunda

con las raíces de la violencia. Si bien Francisco resaltó el valor moral del perdón, no se dejó atrapar en el discurso controlado por los testimonios, los interlocutores y los símbolos previamente direccionados con nuevas *líneas rojas*. En la homilía de Villavicencio fue contundente poniendo “puntos sobre las íes” en el tema de la reconciliación: *“No significa desconocer o disimular las diferencias y los conflictos. No es legitimar las injusticias personales o estructurales. El recurso a la reconciliación no puede servir para acomodarse a las situaciones de injusticia”*. En su saludo a los agentes del Estado y del Establecimiento en el palacio presidencial ya lo había dicho: *“No olvidemos que la inequidad es la raíz de los males sociales”*.

En esto no hacía más que repetir un tema recurrente en sus reflexiones y exposiciones. En su exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* (2013) no pudo ser más claro y contundente: *“Hasta que no se reviertan la exclusión y la inequidad dentro de una sociedad y entre los distintos pueblos será imposible erradicar la violencia. Se acusa de la violencia a los pobres pero, sin igualdad de oportunidades, las diversas formas de agresión y de guerra encontrarán un caldo de cultivo que tarde o temprano provocará su explosión. Cuando la sociedad –local, nacional o mundial– abandona en la periferia una parte de sí misma, no habrá programas políticos ni recursos policiales o de inteligencia que puedan asegurar indefinidamente la tranquilidad. Esto no sucede solamente porque la inequidad provoca la reacción violenta de los excluidos del sistema, sino porque el sistema social y económico es injusto en su raíz. Así como el bien tiende a comunicarse, el mal consentido, que es la injusticia, tiende a expandir su potencia dañina y a socavar silenciosamente las bases de cualquier sistema político y social por más sólido que parezca. Si cada acción tiene consecuencias, un mal enquistado en las estructuras de una sociedad tiene siempre un potencial de disolución y de muerte. Es el mal cristalizado en estructuras sociales injustas, a partir del cual no puede esperarse un futuro mejor. (...) la inequidad genera tarde o temprano una violencia que las carreras armamentistas no resuelven ni resolverán jamás. Sólo sirven para pretender engañar a los que reclaman mayor seguridad (...) Algunos simplemente se regodean culpando a los pobres y a los países pobres de sus propios males, con indebidas generalizaciones, y pretenden encontrar la solución en una “educación” que los tranquilice y los convierta en seres domesticados e inofensivos. Esto se vuelve todavía más irritante si los excluidos ven crecer el cáncer social que es la corrupción profundamente arraigada en muchos países – en sus gobiernos, empresarios e instituciones (...) La paz social no puede entenderse como un irenismo o como una mera ausencia de violencia lograda por la imposición de un sector sobre los otros. También sería una falsa paz aquella que sirva como excusa para justificar una organización social que silencie o tranquilice a los más pobres, de manera que aquellos que gozan de los mayores beneficios puedan sostener su estilo de vida sin sobresaltos mientras los demás sobreviven como pueden. Las reivindicaciones sociales, que tienen que ver con la distribución del ingreso, la inclusión social de los pobres y los derechos humanos, no pueden ser sofocadas con el pretexto de construir un consenso de escritorio o una efímera paz para una minoría feliz. La dignidad de la persona humana y el bien común están por encima de la tranquilidad de algunos que*

no quieren renunciar a sus privilegios. Cuando estos valores se ven afectados, es necesaria una voz profética" (EG, # 59-60; 218). Esta posición tan clara contrasta con la posición del Presidente Santos y del Establecimiento, en general, en La Habana, al definir sus "líneas rojas": el modelo económico no se toca; el modelo político no se toca; el modelo militar no se toca. Según el Papa, tal posición jamás logrará ninguna paz.

Si bien Francisco se refirió en la *Evangelii Gaudium* a la necesidad de una "voz profética" frente a estas situaciones, en su alocución a los obispos en Bogotá, esbozó algunas directrices de ese profetismo: lo primero: *tocar sin miedo la carne herida de la propia historia y de la historia de su gente, con humildad, sin protagonismos, con el corazón libre de servilismos*. Lo segundo, sostener al país en el primer paso hacia la paz, la reconciliación y la abdicación de la violencia, con una mirada propia de obispos que apunte a: la superación de las desigualdades que son la raíz de tantos sufrimientos; la renuncia al camino fácil pero sin salida de la corrupción; la paciente y perseverante consolidación de la "res publica" que requiere la superación de la miseria y de la desigualdad. Todo esto lo define como "tarea ardua pero irrenunciable" y afirma que la fuerza la obtendrán "desde lo alto de Dios que es la cruz de su Hijo", alusión evidente a la represión violenta que ha masacrado a tantos buscadores de justicia, incluyendo a muchos sacerdotes, religiosas, laicos y obispos. Citando a García Márquez, recuerda que la guerra produce miedo al por mayor, pero les recuerda que "no han recibido un espíritu de esclavos para caer en el miedo, pues el mismo Espíritu atestigua que son hijos destinados a la libertad" (Rm. 8,15-16).

Con delicadeza pero también con firmeza, y seguramente enterado de las alianzas de un grupo significativo de obispos con la extrema derecha que se ha opuesto, desde los intereses más inconfesables, a los frágiles acuerdos de paz, les aconseja: "hospédense en la humildad de su gente para darse cuenta de sus secretos recursos humanos y de fe, escuchen cuánto su despojada humanidad brama por la dignidad; no tengan miedo de migrar de sus aparentes certezas en búsqueda de la verdadera gloria (manifestación) de Dios, que es el hombre viviente".

Esto lo complementa con otras llamadas de atención para quienes han recurrido a alianzas políticas deplorables (como el no plebiscitario a los acuerdos de paz): les recuerda que *no son técnicos ni políticos sino pastores y la fuerza de su palabra no está tanto en sermones y documentos sino al hablar al secreto sagrado de las conciencias, con el recurso frágil y humilde a la misericordia de Dios, pero invencible y único capaz de derrotar la cínica soberbia de los corazones autorreferenciados*. El gran interés de la Iglesia es ser libre para pronunciar esa palabra; su interés no está en alianzas con una u otra parte. Esa libertad frente a las fuerzas políticas le da autoridad moral a la Iglesia para interpelar al país con la pregunta constante y esencial: "¿Dónde está tu hermano?" (Gn. 4,9), evidente alusión al compromiso con las víctimas, con la defensa de la vida, "interrogatorio que no puede ser silenciado, aun cuando quien lo escucha no puede más que bajar la mirada, confundido, y balbu-

cir la propia vergüenza por haberlo vendido, quizás al precio de alguna dosis de estupefaciente o alguna equívoca razón de Estado, tal vez por la falsa conciencia de que el fin justifica los medios". Aquí el Papa aludió sin equívocos a la criminalidad del Estado en la destrucción aterradora de vidas humanas, en alianza inocultable con el narcoparamilitarismo. Y más adelante aludió a una *"cómoda neutralidad"* que afecta a gran parte del clero: *"neutralidad de aquellos que nada eligen para quedarse en la soledad de sí mismos"*. Difícil no encontrar aquí una alusión a la posición de la Conferencia Episcopal frente al plebiscito de octubre de 2016.

No hay duda que Francisco concluyó todas estas reflexiones y reconvenciones en Cartagena, bajo la fuerza de la memoria conmovedora de su hermano jesuita Pedro Claver. El Evangelio del día le sirvió de inspiración para señalar ciertos errores en la búsqueda de la paz: *"Colombia hace décadas que a tientas busca la paz y, como enseña Jesús, no ha sido suficiente que dos partes se acercaran, dialogaran; ha sido necesario que se incorporen muchos más actores"*. Coincide Francisco con una franja consciente de colombianos que aboga por un diálogo que avoque los problemas de toda la sociedad (las raíces de la violencia) y que contemple la participación directa de todos, pero sobre todo *"de los sectores invisibilizados"*. Insiste en que el autor principal de esas negociaciones no puede ser *"una clase, una fracción, un grupo, una élite"* sino *"toda la gente y su cultura (...) no necesitamos un proyecto de unos pocos para unos pocos, o una minoría ilustrada o testimonial que se apropie de un sentimiento colectivo. Se trata de un acuerdo para vivir juntos, de un pacto social y cultural"*. Insiste también en satisfacer los derechos de las víctimas (verdad, justicia, reparación y garantías de no repetición) pero señala el énfasis de los cristianos en crear una cultura de la vida frente a la cultura de la muerte, y hacerlo *"desde abajo"*, desde los excluidos. Su invitación al compromiso por la defensa de los derechos humanos es el *"broche de oro"* de su visita. Recuerda que en tiempos de Pedro Claver había muchos cristianos y personas consagradas, pero sólo unos pocos tuvieron el arrojo contracultural de defender a los esclavos, *"de encontrarse con quienes otros consideraban sólo un desecho"*. Se pregunta: *"cuánto hemos omitido, permitiendo que la barbarie se hiciera carne en la vida de nuestro pueblo? (...) ¿Cuántas veces se viven como normales procesos de violencia, exclusión social, sin que nuestra voz se alce y nuestra manos acusen proféticamente?"* Francisco recuerda y venera a todos los que se comprometieron hasta perder la vida en la defensa de los derechos humanos y afirma: *"la historia nos pide asumir un compromiso definitivo en defensa de los derechos humanos"*. Y concluye: *"Si Colombia quiere una paz estable y duradera tiene que dar urgentemente un paso en esta dirección, que es aquella del bien común, de la equidad, de la justicia, del respeto de la naturaleza humana y de sus exigencias"*.

Javier Giraldo Moreno, S. J.

Septiembre 15 de 2011